

# LA HISTORIA ROMÁNTICA DE JUAN VALERA Y LUCÍA PALLADY VISTA POR ALEJANDRO BUSUIOCEANU

Irina Dogaru\*

irina.dogaru@gmail.com

**Abstract:** *The article identifies and analyzes the essay written by the Romanian art critic, poet and journalist Alexandru Busuiocanu, titled “The Romantic History of Juan Valera and Lucia Pallady”, for which he received the prize of the “Juan Valera Foundation” in 1952. The topic is extremely interesting, taking into account that such affair was not mentioned in Valera’s official correspondence, although it was of great importance in his sentimental life. The relationship between the Spanish writer and diplomatic agent and the charming Moldavian lady, a descendant herself of a famous family, is analyzed from different point of views. At the same time, we dedicate special attention to Valera’s correspondence, identifying attention-grabbing information regarding the topic.*

**Keywords:** *essay, relationship, correspondence, sentimental life, different point of views.*

Preocupado por sacar a la luz no sólo para el público español, sino también para sí mismo la personalidad de Lucía Pallady y la relación de ésta con el escritor y diplomático Juan Valera<sup>1</sup>, Alejandro Busuiocanu se propone escribir inicialmente un artículo sobre *La muerta* en el *Correo*

---

\* Lecturer PhD., “Dimitrie Cantemir” Christian University, Bucharest.

<sup>1</sup> Juan Valera (1824-1905), diplomático, político y escritor español, hijo de la marquesa de Paniega. Estudia la Filosofía y el Derecho en la Universitatea din Granada, y después efectúa estudios de diplomacia en Nápoles, junto a su tío que era embajador, el Duque de Rivas, el mismo siendo un gran escritor romántico y autor del famoso *Don Juan o la fuerza del sino*.

*literario*, y a tal efecto se documenta: lee los poemas y la correspondencia de Valera, esperando poder escribir “algunas páginas<sup>2</sup>”. Empieza efectivamente a escribir el 3 de agosto de 1950, bajo el título de “El grande y secreto amor de Juan Valera: Lucía, «La Muerta»”, consultando las obras completas de Valera (con la introducción de Arango Costa) y sigue, según su expresión, “valerizando”, recorriendo no sin esfuerzo – porque no le parece muy buena<sup>3</sup> – una de las novelas del diplomático español, titulada *Doña Luz*, y sus poemas, como *Las aventuras de Cide Yahye*, cuya lectura le parece, una vez más, un verdadero sacrificio.

Con la ayuda de una amiga, se pone en contacto con una sobrina de Valera, la señora Serrat, que tenía ciertas cartas inéditas de Valera en las que éste reproducía pasajes de una carta de Lucía. Establece una cita con esta señora y se decide dividir el artículo en dos partes, es decir escribir dos artículos distintos, porque la primera versión le parecía demasiado larga. Sigue documentándose, leyendo las cartas de Valera de Rusia, obtiene de la señora Serrat un libro publicado por Manuel Azaña en 1929, que había sido prohibido por la censura franquista, titulado *Valera en Italia* y está contentísimo al descubrir que “toda la historia de Lucía está en un capítulo del libro, con material abundante<sup>4</sup>”. Por consiguiente, se ve obligado a “volver a escribir el artículo para introducir los nuevos datos de Azaña<sup>5</sup>” y se pregunta retóricamente cuándo va a acabar ese artículo. Obtiene cartas inéditas de Valera del sobrino de éste, el esposo de la señora Serrat, cartas escritas en Viena en 1868, lo que no le parece

---

<sup>2</sup> Su diario. *Caietele de miezul noptii* (*Los cuadernos de la medianoche*), p. 22.

<sup>3</sup> El 25 de agosto de 1950 apunta, irónico, en su diario *Caiete*: „Es increíble cuánta voluntad tengo para seguir leyendo *Doña Luz*.” (p. 40). Busuiocanu lo considera a Valera superficial, según lo confiesa en la página 45 de la misma edición de su diario, donde afirma que Valera, que había vivido muchos años en Rusia, „no parece haber sospechado que existe la novela rusa”.

<sup>4</sup> *Idem*, p. 28.

<sup>5</sup> *Idem*.

suficiente. Por consiguiente, se pone en contacto con la marquesa de Villadarios para conseguir los retratos de Lucía.

Acaba un primer artículo el 16 de agosto y, aunque le parece demasiado largo, está contento; al día siguiente, se encuentra con el director de la revista *Ínsula*, Enrique Canito y con Carlos Edmundo de Ory y se lo lee, y algunos días más tarde, logra fijar una cita con Faustino G. Sánchez-Martín, un burócrata del sistema franquista, al que nombra irónicamente en su diario “el pequeño hombre grande”, de cuya benevolencia dependía la publicación de cualquier ensayo en el *Correo literario*. Éste le promete publicar el artículo en la primera hoja del periódico.

El proyecto de sacar del olvido la imagen de Lucía se transformará en un pequeño libro, formado por los dos artículos de periódico, fragmentos de las cartas de Lucía, las traducciones del griego de ésta última, cartas inéditas de Valera, fotografías. El ensayo (con sus dos partes, de las cuales la primera la constituye el artículo publicado en el *Correo literario*) aparecerá en 1952, con el título de *Don Juan Valera y Lucía Paladi (historia romántica)* y obtendrá el premio de la Fundación Juan Valera y el Ayuntamiento de Cabra.

Analizaremos este ensayo<sup>6</sup>, con su primera parte, titulada “Don Juan enamorado”, estructurada en cinco subcapítulos distintos.

Para el lector rumano, la personalidad de Juan Valera no es, probablemente, muy conocida. Nacido en Cabra en 1824, procedía de una familia aristocrática española. Fue diplomático, político, escritor y crítico literario y escribió una obra que forma parte de la corriente estética opuesta al realismo naturalista. Debido a sus numerosas aventuras amorosas, como a su tardío matrimonio con Dolores Delavart, a Valera le calificaron, pese a su refinamiento y cultura, de hedonista superficial y un Don Juan irremediable. Una de sus novelas, *Pepita Jiménez* (1874), fue

---

<sup>6</sup> Obtuvimos una copia de este ensayo, imposible de encontrar en la Biblioteca Nacional de Madrid, del sr. Cristian Goran, el yerno de Alejandro Busuiuceanu.

considerada la novela más popular del siglo XIX y traducida a diez idiomas, entre los cuales también al rumano. Más tarde, publicó *Las ilusiones del doctor Faustino* (1875), *El Comendador Mendoza* (1877), *Doña Luz* (1879) y, después de una larga pausa debida a una ceguera progresiva, *Juanita la larga* (1896) y *Morsamor* (1899).

Al comienzo de su ensayo, Busuioceanu presenta al joven Juan Valera cuando éste tenía veintidós años y había llegado a Madrid. El retrato que le hace es muy generoso: “Era un joven de agradable aspecto, alegre, culto, bien educado y, en sus modales cortesanos, en su gusto de gozar de la vida libremente pero sin exceso, en su modo serio y discretamente irónico de considerar las cosas, con un adarme de epicureísmo ponderado dentro de su estoicismo andaluz, podía reconocerse ya un modelo de elegancia y de buen gusto entre los jóvenes de su edad<sup>7</sup>”. Nos enteramos de la simpatía de la que gozaba Valera en los círculos mundanos, en los salones de la corte real y de la nobleza española, de su amistad con políticos y literatos de la época, e incluso de su relación con una viuda no especialmente virtuosa y sin embargo dotada con „ciertas ideas platónicas<sup>8</sup>”. La ironía de Busuioceanu no tarda en manifestarse: el joven don Juan encuentra suficiente tiempo, entre tantas nobles actividades, a escribir “largas y cariñosas cartas a sus padres<sup>9</sup>”, en las que se empeña en describir su modo de ver el futuro. El futuro había empezado a configurarse: Valera abandona su verdadera vocación de abogado y, decidido a probar su suerte como literato, opta “por su complemento útil, la diplomacia<sup>10</sup>”, en la que Busuioceanu ve “una modalidad siempre decorosa de tener un empleo sin necesario trabajo<sup>11</sup>”. De esta manera, Valera llega a Nápoles, en enero de 1847, como agregado de la Legación española, donde su tío, el

---

<sup>7</sup> *Don Juan Valera y Lucía Pallady, una historia romántica*, Imprenta Megías, Cabra, 1953, p. 1.

<sup>8</sup> *Idem*.

<sup>9</sup> *Id.*, p.1

<sup>10</sup> *Idem*, p. 2.

<sup>11</sup> *Id.*

duque de Rivas, era embajador. Por supuesto, Busuioceanu no pierde la ocasión de satirizar tanto el nepotismo que gobernaba las relaciones entre los diplomáticos y los mezquinos intereses de los que componían el personal de la embajada, como la naturaleza excesivamente traviesa de Rivas, quien, a sus cincuenta y seis años, suscitaba la envidia de los jovencitos de la embajada por su relación con la duquesa de Bivona, más de lo que había logrado hacer en su juventud, cuando había escrito el famoso drama romántico *Don Álvaro o la fuerza del sino*. Los diplomáticos del tiempo, Valera incluido, formaban una “sociedad exquisita, donde la diplomacia en vacaciones se abandonaba al culto de las musas (con grande y pequeña M), a las tertulias literarias y a veces a reuniones amistosas *muy* extradiplomáticas, animadas por los chistes y cuentecitos tremendamente verdes del embajador duque de Rivas<sup>12</sup>”.

En este ambiente, la vida sentimental de Valera oscila entre las figuras divertidas y los motes picantes de ciertas musas para las cuales las preocupaciones por los rigores de la sintaxis, de la ortografía y sobre todo, de la decencia y el sentido común no representaban una costumbre, para no decir que faltaban totalmente. Busuioceanu, cuya aguda ironía prepara en efecto entrada en escena de Lucía, expresa su punto de vista acerca de una de las numerosas y casi idénticas representantes de Eva que le rodeaban al desgraciado Valera: “*La Saladita* sobre todo, aquella alegre española, marquesa de gran linaje, que se tomaba en sus amoríos libertades revolucionarias, amaba el amor como una *constitucional*, y en sus cartas más que liberales no se hacía ningún escrúpulo de sintaxis o de ortografía para poner al desnudo su pequeño corazón incendiario<sup>13</sup>”. Porque Valera luchaba contra una enfermedad misteriosa que le había atacado el corazón: en la casa del duque de Bivona la había conocido a la que será su gran amor: una mujer cuyo nombre no aparece en la correspondencia escrita en Nápoles entre abril de 1847 y marzo de 1848. Busuioceanu subraya que le parece increíble este hecho, puesto que en las

---

<sup>12</sup> *Idem.*

<sup>13</sup> *Id.*

epístolas a sus padres, el diplomático español ofrecía detalles sobre acontecimientos mínimos, cuando no les contaba sin rodeos los accidentes sentimentales que vivía.

En efecto, cuando aparentemente Valera se aburría, su pluma registraba una realidad totalmente distinta, escribiendo versos pasionales de amor encendido, que hablaban del deseo de “vivir siempre contigo, / oír tu dulce y regalado acento<sup>14</sup>”. Por supuesto, la conclusión natural es que Juan Valera ocultaba algo, y dichos versos eran leídos por una sola persona. En uno de los poemas que escribe en este período desvela el nombre de la amada: Lucía. A primera vista, „la deidad altiva de mis amores<sup>15</sup>” acepta estos sentimientos ardientes que parecen mutuos. De otra manera no se podría explicar el verso: „pusieron los amores en (sus) labios esencia y fresca miel de delicadas flores<sup>16</sup>”. Según apunta Busuiocanu, „la inteligencia ennoblece las sienes de la amada, les pone una aureola que merece ser admirada<sup>17</sup>”. Sin embargo, Valera observa y transcribe una reacción indeseada por parte de la mujer querida: no se sabe por qué, ésta muestra una “rara discreción”, delante de la que el poeta no puede sino gritar, con dolor: “Ámame! A suplicártelo me atrevo<sup>18</sup>”.

En la segunda parte del poema se desvela „ todo el dolor del poeta, que se siente no comprendido. Aquella mujer, a la que él llama ahora, con cierta distancia que no era de su voluntad, «señora bella», si no fue altiva, fue sin embargo reticente ante la pasión sobremanera encendida del enamorado. Ciertas palabras de ella produjeron sobre él un impresión de tanta contrariedad que, en el impulso del momento, el poeta pierde la altura y se precipita en lo prosaico:

*¿Por qué me dices que te olvide, y quieres*

---

<sup>14</sup> *Id.*

<sup>15</sup> *Id.*

<sup>16</sup> *Id.*

<sup>17</sup> *Id.*, p. 5.

<sup>18</sup> *Id.*

Que busque en el amor de otras mujeres  
El encanto ideal que me enamora?<sup>19</sup>

Queda claro que el discurso de rara discreción de aquella misteriosa “deidad altiva” no se deja turbar por las súplicas, alusiones, insinuaciones, desesperaciones del poeta. La amada se mantiene inasequible, y la debilidad de Valera viste acentos furiosos. En vano se lamenta el poeta que la intangible mujer querida se niega a admitir que los dos son almas gemelas, en vano invoca, por un supremo esfuerzo, un pasado concreto, empleando en algunas ocasiones una versificación dudosa y ciertos tópicos inapropiados: la dueña de su corazón, envuelta en el “melancólico encanto de dolores pasados y de lánguidos anhelos<sup>20</sup>”, se niega a ceder. Cuando queda patente que Lucía prefiere guardar la serenidad de su alma y no quiere caer en la trampa de Valera, éste envenena su pluma, lo que no es suficiente para hacer que desaparezcan los tópicos de influjo romántico. El retrato de la amada cubre rasgos fúnebres, pero la calidad poética de estos versos es incierta: “Débil el corazón de las mujeres/en el dolor: anhela su reposo / guardar el tuyo, y creo/que más infeliz eres / que yo en la agitación de mi deseo <sup>21</sup>.”

Después de haber hecho todo lo posible para conquistarla, Valera sigue buscando recursos para escribir un soneto o un poema, dedicados a la misma “señora bella”, no sin expresar su admiración y la esperanza que su amor sería, finalmente, correspondido. Y bruscamente, tal como descubre Busuioceanu al investigar la correspondencia de Valera y los documentos del archivo familiar, el creador de *Pepita Jiménez* se transforma en un auténtico *Orlando furioso*, que habla de un “amor demente”, la implora a la hermosa señora tener piedad y mezcla los versos

---

<sup>19</sup> *Id.*

<sup>20</sup> *Id.*

<sup>21</sup> *Id.* p.6

en castellano con versos italianos, para que la mujer amada pudiese comprender su irreparable desgracia<sup>22</sup>.

Al final de este primer artículo del *Correo literario*, asistimos a un cambio en el estado de ánimo del cordobés, que había agotado su exaltado amor y se proponía seriamente olvidarse de su “bien supremo” para protegerse emocionalmente, sin duda, de los sentimientos devastadores e incontrolables que nutría. Consiguientemente, él renuncia al “amor enemigo”. El refugio que encuentra es “la perfección del propio ser”, dado que en engañoso amor mundano no puede ser sino veneno. El poeta andaluz alude a “los santos cantores”, que saben “beber el entusiasmo en sus puros esplendores”. Una vez encontrada la solución de desprenderse casi alegremente de Lucía, Valera se prepara a regresar a España y le escribe un último poema en mayo de 1848, evocando “el recuerdo fatal de su hermosura”.

El artículo del *Correo literario* acaba con algunas preguntas incitantes de Busuioceanu acerca de la misteriosa y melancólica Lucía: “¿Quién era ella? De dónde venía?Cuál era el secreto romántico de su persona?<sup>23</sup>”

A todas estas preguntas, Busuioceanu contestará en la segunda parte de su estudio. En un primer subcapítulo, titulado irónicamente *El secreto de Don Juan*, Busuioceanu deja entrever que el joven enamorado no sabía guardar como se debía el así llamado secreto, puesto que dicho sigilo era archiconocido en su círculo de amigos de Nápoles. En todo caso, el crítico rumano conocía de sobra la biografía de Juan Valera. Sabía, pues, que éste había sido considerado, durante su entera vida, y no sin razón, un auténtico Don Juan. Al mirar retrospectivamente, no es difícil darnos cuenta de que la pasión de Valera no iba a durar. Desde luego, no nos proponemos dudar de la intensidad y genuinidad de sus sentimientos,

---

<sup>22</sup> Hay aquí un ejemplo: “¿del juicio en busca, que por vos me falta,/chi salirá per me, Madonna, in cielo?” (*Idem*, p. 6).

<sup>23</sup> *Id.*



pero es obvio que una personalidad como la suya solía entusiasmarse fácilmente, de modo que nos atrevemos a concluir que Lucía Pallady había sido muy sabia cuando, haciendo uso de su notable intuición, se había negado a entregársele a Valera. Lucía dudaba, con razón, de que los sentimientos de su joven amigo iban a persistir. La futura vida amorosa de Valera prueba que, si hubiese cedido a sus insistencias, Lucía habría sido una mera aparición fulgurante, sin importancia, perdida entre otros confusos episodios amorosos. Después del desgraciado amor por Lucía (desdichado sólo porque no había sido correspondido), Valera se enamoró de la actriz francesa Magdalena Brohan, a la que conoció en París y cuya importancia en la vida sentimental del escritor español se verá en su correspondencia ulterior, que será publicada, sin su acepto, en España. Es suficiente decir que, aunque se retira de la actividad diplomática (lo que equivalía con una especie de jubilación) a sólo 34 años, en 1851, cuando decide fijarse en Madrid, donde más tarde llegará a ser diputado, secretario del Estado y ministro de Enseñanza en el gobierno de Amedeo de Saboya, Juan Valera no vacila en doblar su intensa vida política de una sentimental, más agitada todavía. Ese viajero incansable, dotado de una desbordante vitalidad, se casa en 1861 en París con Dolores Delavat (con la que no tiene un matrimonio particularmente feliz debido a sus numerosas aventuras), es nombrado, sucesivamente, embajador de España en Lisboa, Bruselas, Viena y Washington, y en la capital de los Estados Unidos tiene una relación amorosa con Katherine C. Bayard, la hija de un secretario de estado americano, que llega a suicidarse por sentirse defraudada en sus sentimientos. Juan Valera sabía cómo romper el corazón de una mujer, si se lo proponía.

En su círculo de amigos de Nápoles, Valera había leído los versos dedicados a Lucía, y su misteriosa identidad (nunca desvelada), quedaba oculta detrás de varios motes que el joven diplomático vertía en sus cartas. Busuioceanu observa que Valera nunca escribió el nombre de Lucía hasta la publicación de la edición definitiva de sus *Poemas*, en 1886. En su correspondencia, Lucía Pallady es nombrada “la Dama griega”, “la

incomparable griega”, “la señora”, una “señora hermosa”; en las cartas dirigidas a Estebánez Calderón, en broma, la llama “la maga de Moldavia”. Otro mote es el de “La Muerta”; lo inventó el Duque de Rivas, aludiendo a la palidez y fragilidad de Lucía.

Aunque nadie la nombraba, todos sabían quién se escondía detrás de esos apodos. La discreción que la envolvía se debía al hecho de que Lucia Pallady estaba casada. Busuioceanu estudia la correspondencia de Valera y observa que, en una carta que le había dirigido un amigo más indiscreto de Valera (Enríquez), aparecen las letras “M. de B.”, que indican a una persona muy conocida en aquel entonces en la sociedad napolitana: la marquesa de Bedmar. En efecto, el esposo noble de esta mujer era uno de los grandes de España, favorito de la corte real española.

A continuación, Busuioceanu aclara el hecho de que Lucía no era española, y, en su expresión, “aquí empieza su atractivo romántico<sup>24</sup>”. Era en cambio “una mujer de noble sangre, que venía del Oriente; de un Oriente poco definido para un español de entonces, lo que podía despertar la imaginación y poner más encanto en torno a esa figura, ya por sí misma algo enigmática. ¿Era moldava la «dama griega»? ¿Era griega «la maga de la Moldavia»? Era, sí, rumana de Moldavia. Lo que podía significar también una «griega» por la religión. Rumana de muy buen abolengo, aunque, en su frágil cuerpo, la sangre moldava corría no sin alguna mezcla con la griega, herencia ambigua, cuyo fruto era la refinada inteligencia y el espíritu de Lucía<sup>25</sup>.”

Los españoles tienen de esta manera la oportunidad de enterarse de la genealogía de Lucía, cuyos padres eran ambos rumanos. Su padre había sido adoptado por uno de sus tíos, un Pallady, que le había legado una fortuna inmensa, y la madre, la princesa Raluca Callimachi, era la hija de Scarlat Callimachi, (príncipe de Moldavia), descendiente de una antigua

---

<sup>24</sup> *Id.*

<sup>25</sup> *Id.*

familia moldava, cuyos miembros habían grecizado su apellido, según la moda que reinaba en Constantinopla en la época. Lucía tenía también el título de princesa viuda de Cantacuzino, porque su primer matrimonio lo había contratado con Nicolás Cantacuzino Pascanu.

Consiguientemente, a Lucía Pallady no le faltaban la educación, ni los títulos. Busuiuceanu pone de manifiesto el hecho de que sus cartas en francés, dirigidas a lui Juan Valera, pertenecen a una persona cultísima, “versada en el estilo epistolar y que sabía expresarse con soltura y elegancia sobre los temas más variados, desde la disputa sentimental con su intrépido amigo, desde la confesión íntima, llena de una tristeza resignada, la de todas las heroínas románticas, hasta las apreciaciones y buenos consejos dirigidos al joven escritor, o hasta incursiones políticas, motivadas por acontecimientos que suscitaban su emoción<sup>26</sup>.”

Al seguir analizando la correspondencia, Busuiuceanu se entera de las lecturas de Lucía, cuyo gusto literario era romántico, aunque, según observa el crítico rumano, su educación era clásica. En una carta, Lucía cita a Víctor Hugo, en otra habla de Dante Alighieri; leía a Ariosto, a Thomas Hope, cuyo libro, *Anastasius or Memoirs of a Greek*, se lo recomienda a Valera, porque su autor habla de la casa de Bucarest de Nicolae Mavrogheni, el abuelo materno de Lucía. También Busuiuceanu destaca el hecho de que Valera aprende griego de Lucía Pallady, que sabía a la perfección tanto el griego antiguo como el neogriego e insiste en destacar que en un cuaderno de Valera del período napolitano existen algunas páginas escritas por la mano de Lucía, con notas de traducción del griego al italiano. Más tarde, Lucía le iba a regalar a Valera una Biblia griega, que ella guardaba en su casa, en Madrid, con el propósito – según le escribía de París – de incentivar “los progresos del joven poeta en esta bella lengua<sup>27</sup>”.

Analizando el perfil psicológico de Lucía, Busuiuceanu la describe como una persona audaz, que, aunque ortodoxa, lee la Biblia en griego,

---

<sup>26</sup> *Id.*, p. 8.

<sup>27</sup> *Id.*, p. 9.

convirtiéndose en una verdadera defensora del Papa. Sin ser progresista, Lucía defiende sus ideas conservadoras, afirmando que “los romanos son sagrados para mí<sup>28</sup>”, razón por la cual considera que la intervención española, indisciplinada y deficitaria, no iba a contribuir a la causa del Romano Pontífice y tampoco al prestigio de España.

En el subcapítulo titulado “Las tristezas y los enigmas de Lucía”, Busuioceanu se propone dejar de lado las preocupaciones políticas de ésta última, acercándose „más a su corazón<sup>29</sup>” que, como cualquier corazón romántico, nunca pudo ser feliz. El crítico rumano confiesa que no sabe nada de la juventud de esta mujer y tampoco de las circunstancias relacionadas con su familia, porque, desgraciadamente, Rumanía está “tan lejos, y ahora aún más lejos, para esperar saber algo tan particular sobre cosas pasadas allí hace más de un siglo<sup>30</sup>”, pero no duda de que “algo incomprensible, una extraña fatalidad, acompaña la vida de esta mujer y la envuelve en un halo de tristeza<sup>31</sup>”.

Al documentarse para escribir el estudio, Busuioceanu logra obtener un libro (cuyo título no está mencionado, como tampoco se menciona el nombre del autor; sólo nos enteramos de que se trata de un médico que había publicado sus memorias unos cincuenta años antes), donde se indicaba que el primer esposo de Lucía, Nicolás Cantacuzino-Pascanu había estudiado física y química, había dejado París alrededor de 1836 o 1837 y había regresado a Moldavia, donde se había casado, en contra de su voluntad, con la señorita Palade. Había salido después a Italia, donde había muerto, dejando detrás a una hija, que más tarde se había casado con un príncipe de Wittgenstein. Y su viuda había vuelto a casarse con el marqués español de Bedmar.

Consiguientemente, las primeras nupcias de Lucía habían ocurrido en 1837 o en 1838, diez años antes de conocer a Valera, y ella había visto a su

---

<sup>28</sup> *Id.*

<sup>29</sup> *Id.*

<sup>30</sup> *Id.*

<sup>31</sup> *Id.*

esposo joven morir en Italia, su futuro país de adopción. Busuioceanu se pregunta, con razón, por qué Nicolás Cantacuzino-Pascanu se había casado “en contra de su voluntad” con una mujer a la que la suerte y la naturaleza habían agraciado con todas las virtudes y, sin encontrar una respuesta lógica a tal pregunta, concluye que el enigma ya había aparecido en la vida de Lucía, al lado de los “desengaños amargos” a los que aludía Valera en sus versos.

Lucía vuelve a casarse con el muy joven marqués de Bedmar, que tenía, en aquel entonces, veintiún años, un año menos que ella. En 1843 nace Rodrigo, el hijo del marqués, en Viena. Y aunque Lucía había vuelto a casarse y su esposo tenía todas las calidades para prometerle un futuro brillante, vuelve a ocurrir algo enigmático, inexplicable, un nuevo misterio que cubre como una niebla espesa la vida de esta mujer: su esposo vuelve solo a Madrid. La vida resplandeciente que esperaba Lucía iba a empezar sólo para él. Aunque guardan relaciones de amistad, los dos viven separadamente. Ella regresa con sus dos hijos (con la hija del primer matrimonio y con Rodrigo) a Italia, a Nápoles, ciudad por la cual siente un amor profundo. Sólo los veranos los pasa en Francia, en Eaux-Bonnes, donde, según las palabras de Busuioceanu, “cuidaba su salud quebrantiza<sup>32</sup>”.

En este contexto, a su venida a Nápoles, en abril de 1847, la conoce Valera. Lucía era la cuñada de la duquesa de Bivona, la hermana del marqués de Bedmar. Busuioceanu se pregunta si Lucía estaba en la casa de la familia de Bivona cuando Valera había leído, con mucho éxito, su poema *Cide Haye*, en junio o julio de 1847 y supone que la “dama griega” había sido una de las admiradoras del poeta con esta ocasión.

En el capítulo titulado *El juego peligroso. Las desgracias de Lucía*, Busuioceanu pone de manifiesto que esta mujer había perdido su serenidad. La amargaba el hecho de que Valera dudaba de su amistad y, en una de las cartas en las que intentaba explicarle al diplomático español

---

<sup>32</sup> *Id.*

las razones por las cuales le rechazaba, ella realiza un autorretrato muy duro, que demuestra su vulnerabilidad: „Ya no tengo ni el empuje ni la confianza de la juventud (tenía entonces Lucía veintisiete u veintiocho años). No puedo ya tener sus ímpetus ni su abandono; y de ello me alegro, porque así espero escapar. No diría al ridículo, al que soy poco sensible, sino a la desgracia de tener un corazón joven en un cuerpo enfermo y con una belleza deslucida, contraste siempre doloroso... Algunos años menos sobre mi cabeza y hubiera sido usted muy feliz. Pero el pasado ya se llevó la mejor parte de mí misma...<sup>33</sup>”.

En el verano de 1849 se cumplían dos años desde cuando se habían conocido y habían entablado amistad Lucía Pallady y Juan Valera. Un período suficientemente largo para que Lucía se inquietase si no recibía respuesta a alguna de sus cartas del que, en una epístola suya, había llamado „mi alma gemela“. Estaba celosa y creía que el joven poeta no le escribía por estar ocupado con felicidades vulgares, y en una carta incluso le confiesa su amor platónico: “(...) Déjeme amarle a mi manera, que vale, a pesar de todo, tanto como otra cualquiera (...)”<sup>34</sup>

Lucía no podía ser feliz. “A sus veintinueve años (había nacido en 1820) estaba ya muy cansada, de cuerpo y de alma, y hablaba de su juventud como de cosa pasada <sup>35</sup>”. Valera era cuatro años más joven. El marqués de Bedmar, su marido, tenía veintiocho y, como resultado de un complot, había estado obligado a exiliarse de España. Había salido de viaje a Moldavia para visitar sus tierras, porque consideraba que la fortuna de Lucía le pertenecía.

En noviembre de 1849, la relación de Lucía con Valera vive sus últimos días, lo que la determina a la cultísima mujer declarar que estaba “siempre muy triste por su marcha. Le estoy buscando en todas partes y

---

<sup>33</sup> *Id.*

<sup>34</sup> *Id.*

<sup>35</sup> *Id.*

no le encuentro. Todos los que veo me cansan prodigiosamente, lo que aumenta mi inclinación hacia la soledad. Ahora, que su alma hermana ya no está aquí para *atirarme*, ninguna razón veo par ano entregarme enteramente a mi soledad<sup>36</sup>”.

Las noticias llegan cada vez más escasas. Nos enteramos de que Lucía estaba en París en la primavera de 1850 y que en el verano del mismo año estuvo muy enferma, al punto de morirse.

Al estudiar la correspondencia de Valera, descubrimos una carta que el diplomático cordobés dirigió a su padre el 5 de abril de 1850, donde Valera confiesa que la admira profundamente a Lucía, a la que defiende de las injustas acusaciones de su padre: “Dice usted que cuando estoy enamorado no me ocupo de nada; pero no tiene usted razón. En Nápoles no he escrito por otros mil motivos que ahora conozco lo vanos que eran; pero lo poco o mucho que allí he trabajado ha sido por amor. He compuesto algunos versos a la señora y he estudiado griego por ella, y esto tengo que agradecerle. Además, esta dama me da, sobre poco más o menos, los mismos consejos que usted<sup>37</sup>”.

Pero el idilio había acabado. Lucía había estado muy enferma y no dudaba de que su muerte estaba cerca, mientras que Valera no iba a llegar a París (tal como había soñado) hasta 1857, cuando ya iba a ser demasiado tarde.

En la vida del escritor español aparecerán otras mujeres, flirteos más o menos inocentes, y el único sentimiento que le queda para Lucía es una “fuerte nostalgia”, siendo consciente de que, tal como le decía a su padre en una carta, iba a resultar imposible encontrar “algo que se parezca a la Muerta”. Su destino le hará dirigirse a Lisboa, a Río de Janeiro y más tarde a San Petersburgo, donde empezará una nueva vida, olvidándola a la Pallady.

---

<sup>36</sup> *Id.*

<sup>37</sup> *Id.*, p. 48.

La última carta en la que menciona a su amiga rumana, a la que tanto había querido, contiene una nota amarga y data de 1857. Valera estaba ya enamorado de otra mujer, Magdalena Brohan. Habían pasado sólo ocho años y, al regresar a Europa y a la capital de Francia, quiere visitar a la “griega”, pero la encuentra extremadamente cambiada. De tal manera, que en la carta dirigida a Leopoldo Augusto de Cueto, Valera confiesa que, al volver a verla, se había acordado de “aquella horrible historia de Poe, que usted habrá leído<sup>38</sup>”. Busuiuceanu se pregunta, retóricamente, a qué historia aludía Valera. Cualquiera que fuese esta historia, queda patente que el reencuentro con Lucía le había desengañado al diplomático español. Su ex profesora de griego tenía sólo treinta y siete años en aquella fecha. Tres años más tarde, en 1860, iba a morir. El creador de *Pepita Jiménez* iba a seguir viviendo durante muchos años y a conquistar otras hermosas mujeres. Sin embargo, aunque su amistad y el amor apasionado que Valera sintió por ella no dieron el fruto esperado por ambos, las profecías de Lucía acerca del talento de escritor de Valera sí que se cumplieron, y el episodio napolitano de su juventud común iba a encerrar, como una esfera dorada, el nostálgico recuerdo de una comunicación especial, como la que se da únicamente entre dos almas gemelas.

## **BIBLIOGRAFÍA**

ANGHELESCU, Mircea, (2006), „Viajeros rumanos en España, en busca de las raíces comunes“, în *Revista de Filologie Románica*, Anejo IV, 277-284.

BUSUIOCEANU, Alejandro, (1953), “Don Juan Valera y Lucía Pallady, una historia romántica”, Imprenta Megías, Cabra.

BUSUIOCEANU, Alejandro, (1950), “El grande y secreto amor de don Juan Valera: Lucía «La Muerta», iCorreo Literario, *Madrid*, 1 de septiembre de 1950.

---

<sup>38</sup> *Id.*



BUSUIOCEANU, Alejandro, (2001), *Caietele de miezul nopții (Jurnal 1939-1957)*, București, editura “Jurnalul literar”.

BUSUIOCEANU, Alejandro, (1949), “José Luis Cano o la amistad”, *Ínsula*, no. 37/1949.

VALERA, Juan, (2002), *Correspondencia*, vol. I (1847-1861), Castalia.

XIMÉNEZ Sandoval, Felipe, (1955), “Un «flirt» de Don Juan Valera”, *ABC*, 16 de diciembre de 1955.

CANITO, Enrique, entrevista con Alejandro Busuiocanu, en *Ínsula*, no. 36/1948.